

Leyendas zapotecas

Andrés Henestrosa

APENAS UN MES ANTES de su lamentable deceso, la Universidad Autónoma Metropolitana confirió el reconocimiento de *Doctor Honoris Causa* al eminente escritor oaxaqueño Andrés Henestrosa (1906-2008). Los textos que se reproducen a continuación fueron publicados en 1929 dentro de la revista literaria *Contemporáneos*, en su número 11 correspondiente al mes de abril, páginas 15 a 22. Éstos fueron posteriormente incluidos en su libro inaugural *Los hombres que dispersó la danza*, aparecido en ese mismo año crítico de la vida pública mexicana, al calor de la cruzada vasconcelista. Desde entonces, la obra de Henestrosa pulsó los múltiples sonidos y cruzó para nuestro goce –pero sobre todo para él mismo–, por los amplios caminos que le ofreció la literatura por más de ocho décadas, mediante obras como *Carta a Cibeles*, *Una Alacena de Minucias*, *De Ixhuatán, mi Tierra*, *a Jerusalén, Tierra del Señor*, o *Andanzas, Sandungas y Amoríos*. Valga entonces esta pequeña muestra de la grandeza con que el maestro Henestrosa diera realce a los valores de la tradición, mediante el puntual recuento que hace confluír al mito, la historia y la leyenda. (VAO)

LA TORTUGA¹

Limpia, brillante, como el agua en que vivía y más bonita que deseada, la tortuga sirvió en los primeros días de la religión cristiana en Juchitán, como ofrenda a San Vicente.

Las había grandes y pequeñas: un poco amarilla la primera; negra muy negra la otra. Se arrastraban las dos bajo el agua dulce y el agua salada y de trecho en trecho, asomaban la cabeza para beber un poco de aire. Si iban a la tierra –lo que alguna vez ocurría–, dejaban un rastro como tira bordada.

Los creyentes salían de sus casas en los días grandes, a buscarla y la apresaban, en agua o en tierra, con las manos.



Quinto malo

Torpe, eso sí, lo mismo hace dos días que mañana, colocada al pie del altar, era menester acercarle una llama a la cola, no tan corta entonces, para que, menos lenta subiera por su propia cuenta hasta el santo. Y subía regando mansedumbre. Sucedió algunas veces que guardaba dentro de la concha la cabeza, las patas y la cola; pero entonces era como si hubiera salido de la llama para caer en la brasa porque con más crueldad la obligaban.

Un día, San Vicente tuvo piedad de ella y bajó ante el azoro de las gentes, dos gradas para levantarla; y la tortuga, pudorosa guardó la cabeza y desde adentro, suplicó al santo que la hiciera fea, para que ya nadie la buscara. Y San Vicente, milagroso, sin decir palabra, le hizo grandes los ojos y aplastada y en punta le terminó la cabeza, y le puso, sin cuidado, los dedos sobre la concha para cambiársela.

Fea, con cola disminuida, bajo las gradas y revolcándose regresó al agua.

Nadie volvió a llevarla al altar, pero hasta hoy, cuando se la encuentra, roja de pudor, inclina primero la cabeza y la guarda, como la guardó ante San Vicente.

LA GOLONDRINA

Entonces, este Lago de Santa Teresa no guardaba como hoy, agua muerta, seca, sino viva y honda, y a su orilla no había monte cercano al agua, sino una cinta ancha muy blanca de playa.

Perseguido Jesús por los judíos sucios de ira, hacía varios días, lo mismo si llegaba o se iba la luz, caminaba una mañana junto a sus olas. Y la golondrina que se desvelaba por él en fuerza de adorarlo, lo seguía para borrar, arrastrándose en la arena sus huellas.

Esa mañana, de tan cercanos, sus pasos y los de sus enemigos, se oían juntos. Una mano enemiga extendida, le llegaría al hombro si el niño, con el ademán de cruzar el agua no avanzara varios metros mar adentro rápidamente. Y el mar, sin olas, no le subió arriba de las rodillas.

Los judíos, espantados, retrocedieron ante el milagro.

Pero la golondrina voló, por no haberlo visto volver a la playa, limpia de enemigos, para buscarlo. Cuando llegó al otro lado, la pena le había teñido de negro desde el pico hasta la punta de las plumas de la cola; y conservó desde entonces blanco, el pecho nada más, para recordar que con él borró sobre la arena, las huellas del Señor.

Varios días después, volvieron los judíos para recoger en el aire, la palabra que dijera que Jesús había cruzado el mar. Pero no fue así. En la arena, un poco hundida, encontraron

sus huellas. Y como la golondrina no lo seguía para borrarlas, ese mismo día, junto a la noche lo aprehendieron.

A la mañana siguiente Jesús había muerto.

El mar no ha vuelto a crecer; y la golondrina, vuela a su orilla, negra de pena, con el pecho blanco a ras de la tierra, como si se le hubiera caído la sombra y quisiera con el pico levantarla.

LA CAMPANA

De San Vicente, patrón de Juchitán se cuentan milagros armoniosos, entre otros haberse hecho él mismo santo.

Era en una ciudad de la tierra y, niño, hacía con sus amigos los trabajos inútiles de las travesuras. Y uno y otro día. Otra mañana, cansado de los mismos juegos propuso jugar Tínguish-Vidoh.² Dos juntaron los brazos para fomar la silla. Formada, fue Vicente quien se sentó sobre ella y, precedido de rezos, dieron vueltas en torno a un templo imaginario. Pesados los brazos de cansancio quisieron bajarlo; pero el santo de mentiras era verdadero. De manera, estaba lejos de ser blando como hacía un instante.

Desde ese día se le adora en mi tierra.

Una vez, dejó la ciudad para desaparecer; ninguna señal dibujó su ausencia y nadie, por sabio que fuera, pudo decir dónde se encontraba. Mientras no estuvo en su iglesia, fabricó una campana; le puso un sello y salió a la cinta blanca de la playa a soltarla en los brazos verdes del mar. Y mandó avisarnos que, con los ojos muy abiertos esperaríamos en la orilla del agua que las olas la arrojaran. La noticia, nueva en la ciudad, recorrió todas las calles y toda la gente supo que el santo vivía y no olvidaba su iglesia. El pueblo, todo, corrió a la arena. La distancia tendía a la intemperie entre la ciudad y la costa no era larga; pero por angosta tardaron en llegar. Y para unirse, porque uno caminaba delante de otro, el tiempo se les adelantó.

El sol calentó el aire y la arena quemaba los pies. Cansados que esperar, buscaron huellas y un hilo largo encontraron en la costa. La sarta de huellas fue más allá de donde ellos podían ir sin avisar a sus mayores. Volvieron corriendo a la ciudad y la campana vieja vació su llamada en el aire, y sin saberlo, porque la angustia era grande y llenaba totalmente el pensamiento, la gente se congregó en torno de la iglesia, como si todas las calles pasaran por su puerta.

Sabían que los que cicatrizaron la costra con sus pasos eran los mismos que recogieron la campana. Nadie dudaba que eran los hombres de San Mateo del Mar.

Se nombró, entonces una comisión de diosas para que fuera a recuperarla. Sin seguir las huellas, las diosas elegidas caminaron en el aire y sin hacer ruido, como sombras, mientras la tarde iba borrando la distancia. Llegaron muy noche. El corta-mortaja cortaba con las tijeras de su canto la franja del silencio. Dormían los perros y las puertas, dos veces más fuerte, estaban atrancadas.

Subieron a la torre y con las puntas de los dedos desataron para bajar, el bronce. A una de las diosas le tocó cortar el badajo. Para no romper el ritmo que, como la línea recta las mantenía erguidas, anduvieron con santo temor y el viaje no sonó; y aquella forma de caminar guardan desde entonces en los pies y asoma, hasta hoy, la cabeza en sus danzas.

De vuelta, pasada la barda de monte que cae sobre la vía, los grandes cuadros de los sembrados y cerca de Dá-nih-Bacúsha, la diosa soltó el badajo. Y éste cayó sobre la campana y el ruido se fue de espalda hasta San Mateo y despertó a sus habitantes.

Los dioses Huaves, como plumas, por livianos, subieron a la torre, y la torre no pudo hablar. Diferentes a las diosas zapotecas, golpearon la tierra con su andar apresurado y, poco tiempo después, estaban junto a ellas. Sus voces y pasos, en la quietud de la madrugada, anunciaron, desde lejos, su proximidad.

El camino se perdía a cada paso; se encontraba para caminar recto un gran trecho y volvía a perderse. En una de tantas vueltas, algunas diosas

se ocultaron en el monte y otras se hicieron árboles recordando su origen³ y cuando el camino debía alcanzarlas, la campana estaba sola. La diosa que la hizo hablar, no tuvo tiempo de ocultarse y conservando su forma se hizo piedra junto a la campana. Un dios marino vio en ella a una de las diosas zapotecas, y la maldición que como piedra le rodó de la boca, la petrificó para siempre.

Con el bronce en los hombros, regresaron a su pueblo y en la torre de su iglesia, otra vez se ve colgada una enagua de bronce.

Una noche, varios días después, el mar comprendió su culpa; rompió su cauce y salió hasta la iglesia para arrebatar la campana; pero la casa tenía horcones hondos y le faltó fuerza para arrastrarla. Todo porque desde el primer día que la tuvieron de nuevo, cada vez que la noche pasa de jacal en jacal amarrando una llama en la punta de los cirios, la campana llora y los hombres se reúnen.

Y uno, el que lleva el madero largo del mando, nombra una comisión de hombres para que la cuiden.

-No sea que a los juchitecos se les ocurra volver. •



La esfera

Notas

¹ La tortuga se llama víguh, que ya es degeneración de viguh que puede ser el pasado e imperativo de guardar, por como guardó la cabeza.

² Tinguih-Vidoh. Este juego —el de la silla de las manos— significa en zapoteco mecer santo.

³ Los primeros zapotecas se decían descendientes de los árboles, de sus raíces.